

Confundir la gimnasia con la magnesia

El tema tratado en este artículo ya ha sido desarrollado, directa o indirectamente, en otras ocasiones, pero ante la absurda insistencia de muchos Blocs y Webs, vuelvo a comentarlo.

El movimiento de personas y organizaciones que se manifiestan contra la vacunación, los negacionistas del SIDA, y en general todas las manifestaciones contra la farmacopea de lo que denominan "medicina oficial" es un claro ejemplo de crítica confusa y arbitraria, donde se mezclan argumentaciones que nada tiene que ver la una con la otra.

Negar la eficacia de los medicamentos producidos por las farmacéuticas en base a que la producción de los mismos es un negocio, es equivalente a afirmar que los coches no pueden transportarnos de un lugar a otro porque su fabricación y venta es, también, un negocio.

La realidad es que la mayor parte de cosas que hoy podemos adquirir en el llamado mundo occidental, con independencia de su mayor o menor necesidad, se comercializa a precios desorbitados que generan un margen de beneficio claramente abusivo y con métodos de producción que rozan la esclavitud, cuando no son claramente criminales, como en el reciente caso de Bangladesh. Los costes miserables de producción permiten la oferta de dichos productos a precios altamente competitivos manteniendo unos más que exagerados márgenes de beneficio.

Tanto las tragedias como la injusta y perversa distribución de la riqueza que ello genera, son el resultado de la tan alabada libertad de movimientos de bienes y capitales que el sistema económico actual, y los políticos que lo apuntalan, tanto defienden. En el fondo este sistema solo sirve para asegurar las prebendas de los poderosos, a costa de la calidad de vida, o de la vida misma, del resto de la población.

Como decía, ello es aplicable a toda la cadena de producción, y por supuesto no se salvan las empresas farmacéuticas.

Sería lógico pensar que la producción de un recurso, como son los productos farmacéuticos, debería estar orientada a satisfacer las necesidades de la población, antes que a llenar los bolsillos de los directivos y accionistas de dichas empresas. Pero no, en esta

sociedad que padecemos lo más importante es satisfacer las expectativas de beneficio del accionariado, con independencia de los costes sociales que ello implique. Sobre eso no tengo la más mínima duda.

Pero ello no significa que los medicamentos producidos sean inútiles, ni mucho menos. Ni que se dedique a promover nuevas (o ya conocidas) enfermedades para mejorar las expectativas de sus negocios. Y ello por claras razones, las que determinan que hay estrategias mucho más rentables que la práctica aludida.

En primer lugar, y como ya se comentó en otro artículo, los mismos laboratorios que fabrican los medicamentos se dedican a la producción de infinidad de productos relacionados con la belleza y la prolongación de la juventud (al menos en el aspecto exterior). Tales productos, que gracias a una sibilina publicidad (no siempre directa) impulsa el anhelo de permanecer joven el mayor tiempo posible, son una fuente de enriquecimiento mucho más productivo que los medicamentos, y mucho menos laborioso ¿Cuántos de tales productos son realmente efectivos (aunque sea parcialmente)? ¿Cuántos son una simple tomadura de pelo? Pero sean o no efectivos, sus precios son de verdadero escándalo. Así pues ¿Para qué tomarse la molestia de complicarse la vida cuando disponen de una verdadera "gallina de huevos de oro"?

Pero además el objetivo de investigación de dichas empresas farmacéuticas está primordialmente ligado a la investigación y producción de medicamentos encaminados a la atención de enfermedades crónicas, con lo que se aseguran clientes de largo recorrido, y por tanto muy rentables. Ese es una de las causas que ha arrinconado la investigación de nuevos antibióticos, o la razón del escaso interés por enfermedades raras, ya que son mercados poco rentables. Adaptar la producción a los nichos más rentables del mercado, por muy desalmado que sea, es mucho más eficiente y productivo que elaborar complicadas y rocambolescas estrategias como las que se describen en tales Blocs y Webs.

Por otra parte, quienes defienden esa visión conspiranoica, suelen coincidir con los defensores de las llamadas "medicinas alternativas". En realidad, si ladrones son unos, más ladrones son los otros. Si la medicina tradicional tiene precios realmente abusivos, los llamados medicamentos alternativos no solamente no se quedan a la zaga, sino que van mucho más allá. Consideremos a título de ejemplo un

medicamento homeopático. Al margen del engaño que supone la homeopatía, el precio al que compramos el centímetro cúbico de agua (Tras las diluciones prescritas por el método, el hipotético principio activo brilla por su ausencia, por tanto el coste del mismo en cada envase es marginal) es totalmente desorbitado. Dice un refrán muy antiguo de mi tierra "De molinero cambiarás, pero de ladrón no escaparás", lo que es plenamente aplicable a este caso.

Es más, no debería extrañarnos que, si profundizáramos en el entramado empresarial, pudiéramos encontrarnos con que empresas farmacéuticas tradicionales son accionistas de las que se dedican a la producción de medicamentos homeopáticos. Tengo constancia de al menos un caso: La empresa Boirón, dedicada a la homeopatía, tiene por accionista a la empresa farmacéutica Pierre Fabre. Los mismos perros con distintos collares, aunque en el caso de las farmacéuticas clásicas, al menos tenemos la garantía de que sus productos sirven para algo.

Personalmente soy muy crítico con el sistema, pero por razones muy distintas a las vertidas por quienes atacan a la industria farmacéutica. No son tanto sus productos los que merecen mis críticas (Aunque en algunos casos puedan ser mejorables, o incluso pueda haber alguno más que discutible), sino el sistema productivo basado en el afán de lucro y no en las necesidades reales de la sociedad, pero eso no solo es aplicable al sector farmacéutico sino a todo el modelo productivo.